

## Reseña

# Maxwell Bennett, Daniel Dennett, Peter Hacker y John Searle: La naturaleza de la conciencia. Cerebro, mente y lenguaje<sup>1</sup>

Lizette Nava de Müller

Escuela de Filosofía

UCAB - UCV

[lizettenava@cantv.net](mailto:lizettenava@cantv.net)

Las figuras más destacadas de las dos primeras generaciones de neurocientíficos modernos del cerebro fueron fundamentalmente cartesianos. Al igual que Descartes, distinguían la mente del cerebro y adscribían atributos psicológicos a la mente. (...) Sin embargo, la tercera generación de neurocientíficos rechazó el dualismo de sus maestros. En el proceso de explicar la posesión de atributos psicológicos por parte de los seres humanos, adscribían tales atributos no a la mente, sino al cerebro o a sus partes.<sup>2</sup>

[...] Pero debemos tomarnos las cosas con calma, y detenernos a pensar. Sabemos lo que sienten los seres humanos al experimentar cosas, ver cosas, saber o creer cosas, tomar decisiones, interpretar datos equivocados, conjeturar y formular hipótesis. (...) ¿Pero sabemos lo que es para *el cerebro* ver u oír, tener experiencias, saber o creer algo? (...) ¿Es un *descubrimiento* nuevo que el cerebro también realiza este tipo de actividades humanas? ¿O se trata de una innovación lingüística, introducida por neurocientíficos, psicólogos y científicos cognitivos, que extienden el uso corriente de estas expresiones psicológicas por buenas razones teóricas? O lo que es más inquietante, ¿se trata de una confusión conceptual?<sup>3</sup>

Esta cita<sup>4</sup> resume, a nuestro juicio, el tema central alrededor del cual giran las diversas argumentaciones desplegadas en las pági-

1 Barcelona, Paidós, 2008, pp. 269. Traducción al español de Roc Filella del original: *Neuroscience & Philosophy. Brain, Mind & Language*, NY, Columbia University Press, 2007.

2 *Ibid.*, p. 29.

3 *Ibid.*, pp. 32-33.

4 Fragmentos del Cap. 3 de M. Bennett & P. Hacker: *Philosophical Foundations of Neuroscience*, NY, Blackwell, 2003.

nas de este libro, que recoge el debate sostenido por los filósofos P. Hacker, D. Dennett y J. Searle, y el neurocientífico M. Bennett.

El libro comienza con unos fragmentos de la obra *Philosophical Foundations of Neuroscience*, escrita por M. Bennett y P. Hacker en 2003, en donde los autores cuestionan muchos de los planteamientos de los neurocientíficos cognitivos. Seguidamente, el texto presenta las discrepancias de D. Dennett, y luego, las de J. Searle, para culminar con las argumentaciones de los primeros contra estas críticas. Se trata, entonces, de un libro que recoge una polémica actual y viva en torno a una serie de temas, como la ubicación de los atributos psicológicos, la naturaleza de la conciencia y las relaciones entre mente, cerebro y mundo, entre otros.

Daniel Robinson, a cargo de la Introducción, nos dice que esta polémica tuvo como origen la aparición de la obra *Philosophical Foundations of Neuroscience*, en donde Bennett y Hacker no sólo presentaron por primera vez una “evaluación sistemática de las bases conceptuales de la neurociencia”<sup>5</sup>, sino que incluyeron en dos apéndices sus críticas a las posturas de los dos filósofos más influyentes en la comunidad neurocientífica: Dennett y Searle. Al año siguiente, la American Philosophical Association invitó a Bennett y a Hacker a participar en una de sus sesiones de “Autores y Críticos”, en la que los “críticos” no eran otros que Dennett y Searle, quienes aceptaron dejar por escrito sus réplicas a las críticas hechas por los primeros. Este libro recoge, entonces, gran parte de aquella sesión en la que, habiendo recibido con antelación las réplicas de Dennett y Searle, Bennett y Hacker tuvieron la ocasión de exponer sus respuestas a esas réplicas.

Refiriéndose a la importancia de los temas filosóficos debatidos en tal ocasión, Robinson comenta:

[...] Al fin y al cabo, el proyecto de la neurociencia cognitiva es nada menos que la incorporación a la estructura de la propia ciencia de lo que nos complacemos en llamar naturaleza humana. Dennett y Searle, con una confianza que puede parecer entusiasmo, se inclinan a creer que el proceso de incorporación va por buen camino. Por su parte Bennett y Hacker, con una cautela que puede parecer escepticismo, plantean la posibilidad de que el proyecto mismo esté basado en una confusión.<sup>6</sup>

---

5 *Ibid.*, p. 9.

6 *Ibid.*, p. 10.

Con la idea de mostrar en qué consistiría dicha "confusión", Bennett y Hacker distinguen la pregunta conceptual de la científica. En la sección titulada La Polémica, ellos sostienen que el proyecto de la neurociencia parte de la atribución de estados psicológicos al cerebro, y que esta atribución involucra un equívoco, pues no es posible investigar experimentalmente si el cerebro piensa, cree o razona hasta tanto no sepamos qué significa atribuirle tales acciones al cerebro. En este sentido, Bennett y Hacker advierten que antes de emprender cualquier investigación experimental es preciso llevar a cabo un esclarecimiento conceptual.

(No se pueden buscar los polos de la Tierra mientras no se sepa qué es un polo, es decir, qué significa el término "polo", y también cuándo se considera que se ha descubierto un polo de la Tierra. De no ser así, uno podría embarcarse, como Winnie-the-Pooh, en una expedición hacia el Polo Este.) La pregunta a debate es: ¿tiene sentido adscribir tales atributos al cerebro? ¿Existe eso del pensar, el creer, etc. del cerebro? (¿Existe eso del Polo Este?)<sup>7</sup>.

La denuncia de que se comete este tipo de *equivoco* es el centro alrededor del cual gira gran parte de las críticas que Bennett y Hacker le dirigen tanto a los investigadores del proyecto de la neurociencia como a Dennett y a Searle.

En la sección Las Refutaciones, Dennett y Searle responden a estas críticas. La defensa de Dennett toma como punto de partida la acusación de que comete la "falacia mereológica", que consiste básicamente en atribuirle a las partes relaciones que sólo se le pueden atribuir lógicamente al todo. En neurociencia, la falacia consiste en atribuirle a las partes de un animal (su cerebro, por ejemplo) atributos lógicamente aplicables sólo al animal en su totalidad<sup>8</sup>. En su acostumbrado estilo agudo, luego de una serie de aclaratorias y críticas a la separación extrema que asumen Bennett y Hacker (en especial este último) entre lo conceptual (filosófico) y lo experimental (científico), Dennett niega haber incurrido en la falacia mereológica.

(...) No atribuimos a las partes del cerebro una creencia (...); atribuimos a estas partes una forma atenuada de creencia y deseo, una creencia y un deseo despojados de muchas de sus connotaciones cotidianas (...) Hace años que definiendo tales usos de la actitud intencional para caracterizar sistemas complejos que van desde los ordenadores que juegan ajedrez a los termostatos, y para caracte-

7 *Ibid.*, p. 34.

8 *Ibid.*, p. 38.

rizar los subsistemas del cerebro en muchos niveles. La idea es que cuando diseñamos un sistema complejo (...) podemos hacer progresos desmenuzando a la maravillosa persona como totalidad en ciertos tipos de subpersonas, sistemas agentivos que tienen *parte* de la capacidad de una persona, y luego estos homúnculos se pueden desmenuzar en agentes aún más simples, aún menos persona, y así sucesivamente<sup>9</sup>.

Dennett hace una distinción entre este método de atribución parcial y gradual de estados psicológicos a sistemas no humanos y la atribución, claramente falaz, que ciertamente se comete cuando se le atribuyen los rasgos de toda la mente a una parte del sistema en estudio. Él defiende su procedimiento gradual de "atribuir una semi-demi-proto-cuasi-seudo intencionalidad a las partes mereológicas de las personas"<sup>10</sup>, pues éste permite estudiar a las personas como sistemas complejos completos a partir de una comprensión parcial y mecánica de sus partes.

La defensa de Searle, al igual que la de Dennett, toma la forma de una crítica a los postulados generales de Bennett y Hacker. Uno de estos postulados es la asunción de la perspectiva wittgensteiniana según la cual los criterios para la atribución de estados internos (un dolor, un sentimiento, un tipo de pensamiento) vienen dados únicamente en el comportamiento; esto es, en las manifestaciones públicamente observables de esos estados<sup>11</sup>. Siguiendo este lineamiento, Bennett y Hacker concluyen que los fenómenos mentales no pueden existir *en* los cerebros, dado que el cerebro no es capaz de desplegar un comportamiento. Searle objeta esta conclusión alegando que la condición para hablar de estados mentales en el cerebro es que este forme parte de un mecanismo que sea capaz de desplegar una conducta observable. Pero, advierte Searle, incluso en el caso de que esto no suceda, es preciso distinguir entre la existencia de los estados mentales y la posibilidad de hablar sobre ellos.

El hecho que hace que sea el caso que yo tenga dolor cuando realmente tengo dolor es la existencia de un determinado tipo de sensación. El hecho de que yo manifieste o no esa sensación en la conducta es irrelevante para su propia existencia<sup>12</sup>.

---

9 *Ibid.*, pp. 110-111.

10 *Ibid.*, p. 111.

11 *Ibid.*, p. 131.

12 *Ibid.*, pp. 131-132.

Se diría que las críticas de Dennett y Searle encuentran un punto en común al atacar la postura wittgensteiniana de Bennett y Hacker, quienes mantienen una defensa radical de la apelación al lenguaje ordinario como el único método para dilucidar los problemas conceptuales, siendo que para estos autores la pertinencia de la atribución de un estado psicológico es un asunto estrictamente conceptual y no científico.

El libro culmina con la sección Réplica a las Refutaciones, en donde Bennett y Hacker retoman los puntos señalados por sus críticos. Sus respuestas nos proporcionan un recorrido, ahora quizá más cauteloso, de los principales argumentos que sustentan su postura.

La lectura de este libro deja sembrada una gran curiosidad por este apasionante ámbito de reflexión, en el que convergen disciplinas como la neurociencia, la lingüística, la inteligencia artificial, la psicología y, desde luego, la filosofía.

